

la feroz Lechuza y del terrible Maestro de Escuela. Sintióse desfallecer, no opuso resistencia, y no tuvo aliento para dar un grito. En un instante fué trasportada al carruaje que guiaba Barbillón. La noche estaba oscura; pero se corrieron las cortinillas del coche, y los tres cómplices se encaminaron con su víctima casi expirante hacia la llanura de Saint-Denis, en donde Tomás los aguardaba.

XV

CLEMENCIA DE HARVILLE

El lector nos perdonará sin duda que por ahora dejemos á una de nuestras heroínas en situación tan crítica, porque las exigencias de este complicado relato, nos obligan á ir incesantemente de uno á otro personaje, á fin de que en lo posible no decaiga el interés general, si interés hay en esta obra, en donde la dificultad y la imperfección corren parejas. Preciso es que sigamos todavía á algunos de nuestros actores á esas guardillas en donde la miseria tímida, resignada y laboriosa tirita de frío y de hambre; á las cárceles de hombres y de mujeres, cárceles unas veces lindas y floridas, fúnebres y negras otras, pero siempre vastas escuelas de perdición, de atmósfera nauseabunda y viciada, en donde la inocencia se agosta; sombríos recintos en los cuales un hombre puede entrar puro, para salir casi siempre corrompido; otras veces iremos á los hospitales en donde el pobre, aunque tratado con humanidad, echa de menos la solitaria cama propia que bañaba con el helado sudor de la fiebre; visitaremos los misteriosos asilos en donde la joven seducida y abandonada, da á luz y baña con lágrimas acerbas al hijo á quien no volverá á ver nunca; los terribles lugares en donde se muestra siempre bajo aspectos que estremecen la locura, ya interesante, ya grotesca, ya estúpida, ya asquerosa, ya feroz; desde el pacífico insensato que se ríe tristemente hasta el frenético que ruge como un león agarrándose á las rejas de la jaula. Tenemos que explorar.... ¿Pero á qué impresionar al lector con este largo catálogo? Bastante ha hecho acompañándonos hasta ahora, y quizás vacilaría en seguirnos en adelante.

Dijimos no ha mucho, que la víspera del día en que la Tuerta cometió el rapto de María, Rodolfo salvó á madama de Harville de un riesgo inminente, riesgo en que la pusieron los celos de Sara, que como es sabido notició al marqués de Harville la cita con tanta imprudencia dada por la marquesa á Carlos Robert. Rodolfo verdaderamente afectado por aquella escena, resolvió dejar para el día siguiente la visita que pensaba hacer á la modista y á la desdichada familia del artesano, de quien hemos hablado, puesto que los creía

socorridos por de pronto con el dinero que dió á la marquesa para que su visita resultara verosímil á los ojos del marqués. Por desgracia Rodolfo no tenía presente que el Cojuelo se había apoderado de la bolsa.

Hacia las cuatro de la tarde el príncipe recibió la siguiente carta, que fué llevada por una mujer anciana, que se marchó sin esperar contestación.

Monseñor,

« Os debo más que la vida, y hoy mismo quisiera manifestaros mi gratitud, porque mañana quizás la vergüenza me haría enmudecer. Si pudierais honrarme viniendo á mi casa esta noche, acabaría el día como lo habéis empezado, es decir, con una acción generosa.

« LA MARQUESA DE HARVILLE.

« P. D. Toda la velada estaré en casa, y no hay necesidad de que V. A. se tome la molestia de contestarme. »

Aunque Rodolfo tenía á gran ventura haber hecho tan buen servicio á la señora de Harville, no le lisonjeaba sin embargo la intimidad forzada en que esta circunstancia iba á ponerle repentinamente con ella. Á fuer de hombre incapaz de hacer traición á la amistad del marqués de Harville, y sintiéndose enamorado de la gracia y de la atractiva belleza de Clemencia, había casi renunciado á verla.

Tenía presente el interés con que escuchó en la embajada de.... la conversación entre Tomás y Sara, la cual á fin de motivar su odio y sus celos, aseguró no sin razón, que la marquesa tenía casi sin darse de ello cuenta, una decidida afición á Rodolfo. Demasiado sagaz, astuta y concedora del corazón humano era Sara para no comprender que Clemencia, creyéndose olvidada y despreciada quizás por un hombre que hizo en ella impresión muy grande, en su despecho, y cediendo á las instancias de una amiga pérfida, se había interesado por las desgracias imaginarias de M. Robert, sin que por esto olvidara completamente á Rodolfo. Otras mujeres fieles al recuerdo del hombre á quien amaron, hubieran sido indiferentes á las melancólicas miradas del comandante, y he aquí por que Clemencia fué doblemente culpable, por más que hubiese cedido á la seducción de la desgracia, y por más que un verdadero conocimiento de sus deberes unido acaso al saludable recuerdo del príncipe, la preservara de cometer una falta irreparable.

Grandes eran las contradicciones con que luchaba Rodolfo al pensar en la entrevista con la marquesa. Acostumbrado á resistir la inclinación que hacia ella le arrastraba, unas veces creía conveniente desviarla del camino que había emprendido, censurando duramente su conducta y hasta su elección, y otras sentía amargamente que se desvaneciera el prestigio con que él mismo la había

considerado. Y no era menor la angustia con que Clemencia aguardaba la visita: los afectos que en ella dominaban eran una vergüenza cruel al acordarse de Rodolfo, y una aversión verdadera al pensar en Robert. Esta aversión estaba muy justificada. Una mujer pondrá en riesgo su honor y su reposo por un hombre; pero no le perdonará jamás verse por él colocada en posición ridícula ó humillante; y en el caso actual la señora de Harville convertida en blanco de los sarcasmos y de las insultantes miradas de madama Pipelet, estuvo á pique de morir de vergüenza. Aun más: al avisarla Rodolfo el riesgo que corría; Clemencia subió precipitadamente al piso quinto: mas la forma de la escalera era tal, que al paso hubo de ver á Mr. Robert que vestido con su elegante bata al reconocer el ligero paso de la mujer á quien aguardaba, entreabrió la puerta del cuarto con aire confiado y triunfante. La insolente fatuidad del significativo traje del comandante, manifestó á la marquesa hasta que punto se había equivocado al juzgar á ese hombre. Arrastrada por la bondad de su corazón y por su generoso carácter á dar un paso capaz de perderla, admitió la cita, no por amor, sino por lástima, á fin de consolarle por el ridículo papel que el duque de Lucenay le hizo representar delante de ella en la noche anterior. Dicho esto no es difícil comprender cuál sería el desagradado de la marquesa al ver á Mr. Robert en traje de conquistador.

Las nueve acababan de dar en el reloj del salón en que solía estar la marquesa. La moda había abusado tanto del estilo del tiempo de Luis XV, y del llamado *Renaissance* que la marquesa lo tenía proscrito, confinándolo á la parte del palacio destinada á visitas, tertulias y bailes. Difícil sería ver cosa más elegante y delicada que el mueblaje del cuarto en que la marquesa esperaba á Rodolfo. Las colgaduras y cortinas sin cenefas eran de una tela de Indias de color de paja. Sobre este brillante fondo se dibujaban bordados de seda del mismo color, que eran otros tantos arabescos de delicado y caprichosísimo gusto. Los cristales de puertas y ventanas estaban cubiertos con cortinillas de finísimo encaje. En las primeras, molduras de plata dorada, delicadamente cinceladas, servían de marco á un medallón oval de porcelana de Sevres de un pie de diámetro, que representaban aves y flores de exquisito y bien acabado trabajo. Las guarniciones de los espejos eran de madera de color de rosa con adornos de plata dorada. El friso de la chimenea de mármol blanco, y sus dos cariátides de gusto antiguo y exquisita gracia, eran obra del diestro cincel de Marochetti, que quiso ocuparse en esta delicada aunque pequeña obra maestra, acordándose sin duda que el gran Benvenuto Cellini no se desdeñaba de modelar jarros y armas. Dos candelabros dorados gracioso trabajo de Gouttiere, hacían juego con el reloj de lapislázuli colocado sobre un zócalo de jaspe oriental, y coronado con una ancha y magnífica copa de oro esmaltado, enriquecida con riquísimas

perlas y rubíes, obra de los mejores tiempos de la restauración florentina. Coronaban la suntuosidad de aquella habitación, muchos y excelentes cuadros de escuela veneciana. Gracias á un modernísimo invento, iluminaba aquel lindo



Clemencia sentada en un sillón

salón una lámpara, cuyo globo de cristal deslustrado estaba medio oculto entre un ramo de flores naturales, metido en un profundo é inmenso jarro del Japón, de color azul, púrpura y oro, pendiente del techo con tres cadenas doradas.

Nos hemos detenido en estos pormenores, pueriles quizás, á fin de dar una idea del buen gusto de la marquesa, y porque ciertas miserias ocultas, ciertas desgracias misteriosas parecen todavía más crueles cuando contrastan con las apariencias de lo que á los ojos del vulgo hace la vida feliz y digna de envidia. Clemencia, sentada en lujoso sillón, y sencillamente peinada, llevaba un vestido de terciopelo negro, sobre el cual brillaba el maravilloso trabajo de su ancha pañoleta, y las vueltas de encaje de Inglaterra que modificaban el efecto del negro terciopelo en la cándida blancura de la hermosa dama.

Crecía la angustia de la marquesa á medida que se acercaba el momento de su entrevista con Rodolfo: mas sin embargo, la confusión dejó lugar á ideas más fijas, de modo que después de maduras reflexiones abrazó el partido de confiar á Rodolfo un grande y cruel secreto, con la esperanza de que su extremada franqueza le granjearía la estimación de Rodolfo. Su antigua inclinación á éste estimulada ahora por la gratitud, adquirió nueva fuerza. Uno de aquellos presentimientos que pocas veces engañan á un corazón inocente, le decía que la llegada del príncipe tan á tiempo para salvarla no era hija de la casualidad y que el haber dejado de verla desde algunos meses á aquella parte procedía de un sentimiento muy distante de la aversión. Todo esto hacía que Clemencia dudase aunque vagamente de la sinceridad del afecto de Sara. Sorprendióla en medio de estas reflexiones un criado, que después de llamar á la puerta, preguntó á su señora si podían entrar madama Asthon y la señorita.

— Sí, dijo la marquesa; y al punto entró en la sala su hija, niña de cuatro años, cuyo rostro habría sido encantador sin su enfermiza palidez y su extremada flaqueza. Madama Asthon, su aya, la conducía por la mano, mas á pesar de su debilidad, Clara corrió hacia su madre, tendiéndole los brazos. Su salud era tan delicada que llevaba una bata de seda gris acolchada, en vez de uno de esos vestidos de ligera muselina blanca y bien escotado, como á su edad hubiera correspondido, á fin de que se vieran los torneados brazos y las espaldas blancas y lustrosas, que tanto agradan en las criaturas robustas. Las facciones de aquella niña eran por decirlo así tan reducidas, que sus grandes ojos negros parecían enormes; mas á pesar de aquel exterior débil, brilló en el rostro de Clara una sonrisa llena de gracia cuando estuvo sentada encima de las rodillas de su madre que la abrazaba con triste y apasionada ternura.

— ¿Ha tenido alguna novedad? preguntó la marquesa al aya.

— No, señora, aunque ha habido momentos en que lo he temido.

— ¡Es posible! añadió la madre apretando á la hija contra su pecho, con un movimiento de espanto involuntario.

— Afortunadamente no ha sido nada y la señorita se ha calmado. Aunque por la tarde ha hecho poca siesta, no ha querido acostarse sin venir á dar un abrazo á mi señora la marquesa.

— ¡Pobre ángel mío!

Correspondía la niña á los besos de su madre con infantiles y alegres caricias, cuando el criado abrió las dos hojas de la puerta del salón y dijo: S. A. R. monseñor el gran duque de Gerolstein. Clara puesta en pie sobre las rodillas de su madre le había echado los brazos en derredor del cuello y la abrazaba estrechamente. Al aspecto de Rodolfo encendiósele el color á Clemencia, que puso dulcemente á su hija en el suelo, hizo seña á madama Asthon para que se la llevara, y se levantó. Rodolfo después de saludar con respeto á la marquesa le dijo sonriéndose: ¿Me permitiréis, señora, que renueve mis relaciones con mi antigua amiga que temo me haya olvidado? é inclinándose un poco alargó la mano á Clara, que de pronto fijó sus grandes ojos en el príncipe; hizo un gracioso gesto con la cabeza y saludó con la mano llevándola á la boca sonriente.

— ¿Conoces á monseñor? preguntó Clemencia á Clara; y ésta indicó que sí con la cabeza y envió un beso á Rodolfo.

— Me parece que está mejor, dijo él.

— Mejor está, monseñor, aunque no buena.

XVI

LAS REVELACIONES

La marquesa y el príncipe, estaban á la vez preocupados con su entrevista y casi se alegraban de que Clara interrumpiera la conversación con su presencia; pero la criada discretamente hizo salir á aquella de la habitación y Rodolfo y Clemencia se encontraron solos.

La silla de madama de Harville estaba colocada á la derecha de la chimenea, en la cual Rodolfo puesto de pie apoyaba ligeramente el codo izquierdo. Nunca le habían agradado tanto á Clemencia el noble y gracioso conjunto de las facciones del príncipe, ni nunca su voz le había parecido tan dulce y tan vibrante. Conociendo Rodolfo cuán penoso debía serle á la marquesa comenzar aquella conversación, tomó la iniciativa y dijo: Habéis sido víctima de una traición indigna, señora, y la infame delación de la condesa Mac-Gregor os ha puesto á pique de perderos.

— ¿Es posible, monseñor? exclamó Clemencia. ¡Ah! mi corazón no me engañaba; ¿y cómo ha sabido V. A....?

— Ayer en el baile de la condesa descubrí casualmente el secreto de esa infamia. Estaba sentado en un lugar obscuro del jardín de invierno, cuando la condesa y su hermano sin observar que de ellos me separaba una verja cubierta de follaje, vinieron á sentarse junto á mí y empezaron á hablar de sus proyectos y del lazo que querían tenderos. Para advertiros del peligro en que os hallabais, me fui inmediatamente al baile de madama Nerval, esperando